

# SISTEMA 245

PABLO GARCIA RUIZ Y GONZALO PASAMAR

Memoria y expectativas políticas: encuestas y estudios  
de opinión sobre el recuerdo de la Guerra Civil  
en los años de la Transición

ENERO 2017

# Memoria y expectativas políticas: encuestas y estudios de opinión sobre el recuerdo de la Guerra Civil en los años de la Transición

Memory and political expectations: surveys and opinion studies about the memory of the Civil War during the Transition

Pablo García Ruíz  
(Universidad de Zaragoza)  
pgruiz@unizar.es

Gonzalo Pasamar  
(Universidad de Zaragoza)  
gpasamar@unizar.es

## RESUMEN

*En el presente artículo examinamos la memoria de la Guerra Civil durante la Transición, a través de las encuestas y estudios de opinión que se hicieron en esos años. Siguiendo los hilos conductores de la memoria familiar, el cambio generacional y las expectativas políticas, planteamos la hipótesis de que en el citado período estaba teniendo lugar un cambio en las memorias de los españoles, lo que les permitió ser más conscientes de las emociones, preocupaciones y perspectivas a las que el recuerdo de la Guerra estaba asociado. Esto se manifestó en el desarrollo de aspectos como la proliferación de recuerdos directos y sobre todo de segunda generación, temor y rechazo de la vigencia social del conflicto y expectativas de su superación en un marco político distinto.*

**Palabras clave:** cambio generacional, memoria comunicativa, expectativas políticas, Guerra Civil, Transición.

## ABSTRACT

*In this article we shall examine the memory of the Civil War during the Transition through the surveys and opinion studies from that time. Following themes such as family memory, generation change and political expectations, we suggest the hypothesis that in such a period a shift in the memories was taking place. Through this change Spanish people became highly conscious of emotions, concerns about the past and perspectives of future with which those memories were associated. This was manifest in the development of aspects such as the evocation of direct and of especially second generation memories, fears and rejection of the social validity of the War, and expectations to overcome it in a different political framework.*

**Key words:** generation change, communicate memory, political expectations, Civil War, Transition.

En el contexto de la sociología cultural se habla de *trauma* cuando «miembros de una colectividad sienten que han sufrido eventos terribles, que dejan huellas indelebles en su conciencia de grupo, marcan su memoria para siempre y cambian su identidad futura de

Recibido: 19/12/2013  
Aceptado: 05/01/2015

modo fundamental e irrevocable»<sup>1</sup>. El estatus traumático se atribuye por tanto a ciertos fenómenos mediante procesos de memoria –individual y colectiva– que se abren paso en la historia de los grupos sociales<sup>2</sup>. Mediante los procesos de elaboración de «traumas culturales», los grupos sociales y las sociedades nacionales no solo identifican la existencia y las fuentes del sufrimiento, también suscitan la cuestión de la responsabilidad y plantean proyectos de acción que se pueden y se deben iniciar<sup>3</sup>.

En España, se ha debatido en los últimos años el papel de la memoria de la Guerra Civil durante los años de la Transición. Se ha discutido en qué medida la memoria de la Guerra tuvo un carácter traumático y cuál fue su papel en la construcción de las expectativas políticas de dichos años. Sin embargo, el examen del tema a través de encuestas y estudios de opinión apenas ha merecido la atención de los investigadores. Paloma Aguilar, en su *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, dedica un escueto apartado a la cuestión lamentándose de las dificultades que supone el que «no existen encuestas ni apenas estudios de historia oral que permitan al investigador adentrarse en el contenido» de la memoria de la Guerra Civil durante los años del tardofranquismo y la Transición. En el último epígrafe de la obra la autora hace un somero repaso por algunas encuestas de la época que mostrarían el interés por «la paz y el orden» de los españoles de aquel entonces<sup>4</sup>. Es verdad que en aquellos años no se llevó a cabo ninguna pesquisa comparable a la que realizaría en 2008 el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), titulada *Memorias de la Guerra Civil y el franquismo*, y que tuvo por objeto recabar los recuerdos, sentimientos y opiniones de la población española acerca de las citadas realidades. Es cierto igualmente que las encuestas de la época se hallaban más interesadas en los cambios de la sociedad española y en sus expectativas de futuro y que, por lo tanto, el empeño en examinar los recuerdos solo podía ocupar un lugar marginal. Sin embargo, el peso que llegaron a tener estos recuerdos en algunos terrenos, sobre todo en la cultura y en la política, ya fuese directa o indirectamente, era demasiado evidente para que el tema de la Guerra pasara desapercibido a quienes se interesaban por el examen de la opinión pública.

#### LOS DATOS DISPONIBLES Y LAS HIPÓTESIS

Entre los estudios relevantes sobre dicho tema, desde el punto de vista cualitativo, se debe citar el libro *Los que no hicimos la guerra*, publicado por Rafael Borràs Betriu en la editorial Nauta de Barcelona en 1971. Esta obra recoge las entrevistas realizadas a 97 intelectuales y personajes del mundo de la cultura nacidos entre 1925 y 1945. En ellas los entrevistados expresan sus recuerdos y valoraciones sobre la Guerra Civil respondiendo a preguntas que, en número de siete –las mismas para todos y enviadas por escrito en forma

<sup>1</sup> Jeffrey C. Alexander, *Trauma: A Social Theory*, Polity, Cambridge, 2012, pág. 6.

<sup>2</sup> Arthur Neal, *National Trauma and Collective Memory*, Sharpe, Nueva York, 1998, pág. IX.

<sup>3</sup> Jeffrey C. Alexander, *The Meanings of Social Life. A Cultural Sociology*, Oxford University Press, Oxford, 2005, págs. 85-107. Véase también Jeffrey C. Alexander, Ron Eyerman, Bernard Giesen, Neil J. Smelser y Piotr Sztompka, *Cultural Trauma and Collective Identity*, University of California Press, 2004.

<sup>4</sup> Paloma Aguilar Fernández, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Alianza, Madrid, 1996, pág. 57 (la cita del texto) y 348-354 (el epígrafe final). En la posterior reelaboración y ampliación de este libro la autora añade un análisis de los efectos de la cultura política franquista sobre la cultura democrática, pero no modifica los datos y comentarios del texto de 1996 relativos a la memoria de la Guerra (*Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*, Alianza, Madrid, 2008, págs. 391-411).

de cuestionario abierto–, plantean cuestiones como estas: «¿Cuál es el primer recuerdo –bien sea vivido o por tradición oral– que guarda usted de la Guerra Civil Española?», «¿Cree usted que pudo evitarse la Guerra? ¿Fue, por el contrario, inevitable?», «¿Considera usted la Guerra como un “hecho vivo” aún, o pertenece ya al museo de los recuerdos históricos?», «¿Se siente usted heredero de alguno de los dos bandos enfrentados en la lucha?», «¿Cree posible una nueva contienda fratricida?». Ciertamente sus respuestas no se pueden considerar, estrictamente hablando, una muestra representativa de la opinión que tenía la población española del momento. Además de ser una encuesta dirigida a los intelectuales, la obra pasó por un duro proceso de censura cuando intentó salir a la luz en el que se eliminaron algunas de esas respuestas.

*Los que no hicimos la guerra* se enmarcaba en los empeños del editor y escritor catalán Rafael Borràs Betriu de pulsar la opinión –de artistas y escritores, sobre todo, pero no solo– con objeto de constatar el cambio de mentalidad que se estaba operando en la sociedad española<sup>5</sup>. Presentado el libro a «consulta voluntaria» en el Ministerio de Información y Turismo en marzo de 1971, los censores enseguida repararon en que una indagación específica sobre este tema, en la que se apreciaban numerosos matices y diversidad de puntos de vista, podía poner en duda una de las claves fundamentales de la memoria oficial del Régimen con el consiguiente efecto deslegitimador. De las 114 respuestas de que constaba el texto original, uno de los censores consideraba que 19 de ellas eran «totalmente inadmisibles»<sup>6</sup> y otro se mostraba contrario, incluso, a que el libro se publicase, pues «puede hacer mucho daño creando una imagen tendenciosa de la opinión de la gran masa intelectual española»<sup>7</sup>. El resultado final fue que, quizá debido a su carácter de pesquisa dirigida primariamente a intelectuales<sup>8</sup>, la obra sí logró la autorización, pero lo hizo a los ocho meses de presentada a consulta y con un contenido en el que habían sido suprimidas 18 encuestas del original.

Las limitaciones de *Los que no hicimos la guerra* son, por lo tanto, evidentes. Pero ello no significa que el libro no pueda ser reconocido como un notable ejercicio de investigación cualitativa: el primero, en el terreno de las encuestas, que rompía de manera rotunda con la tesis oficial de la unanimidad de los españoles en torno a Franco y al bando vencedor. La encuesta aportaba de hecho una información rica y densa en conceptos, valoraciones y lecciones, que se ofrecía desde diversas posiciones ideológicas, elementos que se pueden considerar en cierto sentido extrapolables. Su lectura generacional era tan marcada que no es extraño encontrar alusiones a «los que no hicimos la Guerra» –e incluso la propia expresión– en el debate político y de opinión de aquellos años.

Igualmente pueden hallarse resultados interesantes en la información cuantitativa disponible en los últimos años del franquismo y período de la Transición propiamente dicho. Preguntas directamente relacionadas con la Guerra Civil ya aparecen ocasionalmente en investigaciones dedicadas a diversos temas de actualidad antes de 1975. Después de esa fecha también se observan cuestiones relativas a la memoria –que se plantean de manera

<sup>5</sup> Sobre la trayectoria y obra de Borràs, David Escobar Laplana, *Una colección para la transición. Espejo de España de la Editorial Planeta (1973-1978)*, Trea, Madrid, 2012, págs. 71-104.

<sup>6</sup> Informe contenido en el «expediente de consulta voluntaria» firmado el 24 de marzo de 1971 (Archivo General de la Administración. Sección Cultura. Signatura 73/00663. Expediente 2384).

<sup>7</sup> Informe conservado parcialmente, fechado el 3 de abril de 1971 (*Ibid.*).

<sup>8</sup> La Ley de Prensa e Imprenta de marzo de 1966, bajo la cual se autorizó este libro, era más tolerante con libros destinados a las minorías que con los destinados al consumo de masas. Véase Francisco Rojas Claros, «Poder, disidencia editorial y cambio cultural en la España de los años sesenta», *Pasado y Memoria*, 5, 2006, Madrid, págs. 59-60.

más abierta— en pesquisas dedicadas a la opinión y la cultura política de la población, si bien debe decirse que se trata de pocas en número. Así, en los años anteriores y posteriores a la muerte de Franco se pueden destacar las siguientes preguntas en las que de una forma u otra hay referencia expresa a la memoria del conflicto y a sus consecuencias:

En marzo de 1969 el Instituto de la Opinión Pública (IOP) llevó a cabo una encuesta sobre la opinión de la población española acerca de diversos temas internacionales y sobre la situación económica española. La muestra era representativa de la población española, de ambos sexos, de 18 y más años, de ámbito nacional. Los principales resultados fueron publicados en la *Revista Española de la Opinión Pública*, REOP, n° 18 (octubre-diciembre de 1969), y actualmente están disponibles, además, como estudio n° 1038 en el Banco de Datos del Centro de Investigaciones Sociológicas. El cuestionario incluyó, como pregunta n° 74, la valoración de la prescripción por parte del Gobierno de Franco de las responsabilidades penales por actos cometidos antes del fin de la Guerra Civil. El enunciado era el siguiente: «El Gobierno español ha declarado prescritas las responsabilidades penales por actos cometidos antes del 1 de abril de 1939. ¿Qué le parece a usted tal decisión?» (Muy bien - Bien - Regular - Mal)<sup>9</sup>.

En 1970 se publicaría el Segundo Informe FOESSA. En su Capítulo 5, «Vida política y asociativa», se incluía una pregunta (n.º 218) cuyo enunciado era: «¿El que la juventud actual no haya vivido la Guerra es para ellos beneficioso o perjudicial?». El texto de este capítulo fue eliminado de la publicación original por la censura, de modo que no apareció en el lugar del volumen que le correspondía. Sin embargo, el índice sí conservó los epígrafes y número de páginas.

Ya en junio de 1979, se llevó a cabo la encuesta Postelectoral *Elecciones Generales 1979* (Estudio n° 1192 del Banco de Datos del CIS). Dicho sondeo fue realizado por la empresa de estudios de opinión DATA a una muestra de la población española, de ambos sexos, de 18 y más años, de ámbito nacional. Además de cuestiones relativas al momento y al objeto de la encuesta, el cuestionario incluía esta pregunta: «Por lo que usted sabe, haya vivido o no en esos años, ¿con cuál de los dos lados simpatizaba usted o su familia en la guerra de 1936? (Frente nacional - Frente popular - Ambos lados - Ningún lado).

En junio de 1980 el CIS realizó una encuesta sobre la cultura política de los españoles (Estudio n° 1237 del Banco de Datos del CIS). Dicha encuesta se dirigió a una muestra de la población española de ambos sexos, de 18 y más años, de ámbito nacional, e incluyó una pregunta sobre el bando de la Guerra Civil con el que simpatizaba la familia del encuestado. Esta cuestión en sí misma puede parecer poco relevante, pero su interés queda patente cuando se advierte que en el mismo cuestionario se incluyeron otras preguntas sobre la auto-ubicación ideológica, el grado de satisfacción con la evolución política reciente y el nivel de socialización política de los encuestados.

Añadamos, finalmente, el trabajo que publicó la revista *Cambio 16* en septiembre-octubre de 1983, en cuatro números consecutivos, sobre los resultados de una amplia indagación sobre la memoria de la Guerra Civil<sup>10</sup>. La encuesta fue realizada por el Ins-

<sup>9</sup> La citada pregunta fue examinada por Paloma Aguilar a propósito del análisis de las «variaciones generacionales» sobre la memoria de la Guerra que tuvieron lugar en el segundo franquismo, en *Memoria y olvido*, págs. 146-150.

<sup>10</sup> Aunque nunca ha sido explotada en profundidad, esta encuesta no resulta completamente desconocida a los actuales investigadores de la memoria de la Guerra Civil. La utilizan Alberto Reig Tapia, para avalar la tesis de que la opinión española combatía la falacia de los mitos de la historiografía franquista (*La cruzada de 1936. Mito y memoria*, Alianza, Madrid, 2006, págs. 368-371), y Walther Bernecker y Sören Brinkmann. Apoyándose en ella, estos sostienen que los españoles

tituto de la Opinión Pública Española-Estudios de Marketing (IOPE-ETMAR) a partir de una muestra de la población española de más de 18 años, de ambos sexos, de ámbito nacional. La serie se tituló *Especial Guerra Civil*, y los títulos de las cuatro entregas eran «El horror que no se olvida», «Lo que queda del 36», «Los testigos del horror» y «Ni vencedores ni vencidos». En dicho texto se incluyeron preguntas como estas: «¿La Guerra Civil es un tema de interés o está olvidada?», «¿Piensa usted que los españoles saben lo que significó la Guerra Civil?», «¿Cómo ha obtenido la información sobre la Guerra Civil?», «¿Qué familiares directos participaron en cada bando?», «¿Piensa usted que es posible una nueva guerra civil?», «Si ahora tuviese que tomar partido, ¿por cuál de los dos bandos estaría dispuesto a combatir?». No es casual que una de las revistas de divulgación política y cultural más relevante de la Transición como *Cambio 16* –acaso la más importante– promoviera una encuesta de esas características al final del período o cuando se presumía que se estaba inaugurando una nueva etapa<sup>11</sup>. Esto demostraría que la discusión sobre hasta qué punto la Transición olvidó o silenció la Guerra Civil, aunque parece un tema activado en la opinión pública en tiempos recientes, ya contó con antecedentes en aquellos años. Es significativo, no obstante, que fuesen entidades privadas como las arriba citadas y no un organismo oficial quienes se hiciesen cargo de preguntar a los españoles sobre este tema.

Las hipótesis que proponemos para interpretar los citados datos se pueden exponer de la siguiente manera: durante la Transición las expectativas que levantó la recuperación de libertades formales entre los españoles provocaron una innegable aparición en la esfera pública de una diversidad de memorias evocadoras de la Guerra Civil acompañadas de un inusitado interés histórico en la misma<sup>12</sup>. El tema de la Guerra siempre había estado sujeto a una estrecha vigilancia política dado que su remembranza pública pertenecía a la memoria oficial del franquismo, que había hecho de la exaltación del 18 de Julio de 1936 y de la llamada victoria elementos fundamentales de su discurso. Hasta comienzos de los años setenta, al menos, cualquier *recuerdo* o *relato discrepante* respecto de esta memoria oficial se hubo de mover casi siempre en los círculos reducidos de la familia, los amigos, los grupos clandestinos, los presos, los grupos vecinales, las actividades estudiantiles, el libro clandestino y los catálogos de

fueron partidarios de la reconciliación durante la Transición y años ochenta, pero no de renunciar a la memoria (*Memorias divididas. La Guerra Civil y el franquismo en la sociedad y en la política españolas, 1936-2008*, Abada, Madrid, 2009, págs. 237-238).

<sup>11</sup> En este punto se ha de subrayar que, al menos en los años ochenta, nunca existió una opinión unánime sobre cuándo puede darse por concluida la Transición. La tesis de que acabó en 1982 con la victoria en las elecciones del partido socialista tenía bastantes partidarios, pero no se aceptaba unánimemente. Véase la «Encuesta sobre la transición democrática en España» realizada a 22 intelectuales (*Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, 68-69, noviembre de 1985, Madrid, págs. 175-292).

<sup>12</sup> Véanse, entre otras, Luis Garrido, *Los niños que perdimos la guerra* (1970), Vosa, Madrid, 2003; José Llordés Badía, *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España*, Ariel, Barcelona, 1968; Eduardo Pons Prades, *Los que Sí hicimos la guerra*, Martínez Roca, Barcelona, 1973 y *Un soldado de la República (Itinerario ibérico de un joven revolucionario)*, G. del Toro editor, Madrid, 1974; Amaro Izquierdo, *Belchite a sangre y fuego*, Acervo, Barcelona, 1976; Teresa Pàmies, *Los niños de la guerra*, Bruguera, Barcelona, 1977; Jaime Camino, *Conversaciones íntimas con la Pasionaria*, Dopesa, Barcelona, 1977; Enrique Lister, *Memorias de un luchador. Los primeros combates*, G. del Toro editor, Madrid, 1977. El tema ha sido analizado en Gonzalo Pasamar, «El recuerdo de la Guerra Civil durante la Transición: los editores y las colecciones históricas y de memorias», *Historia Social*, 77, 1013, UNED, Fundación Instituto Historia Social, Valencia, págs. 49-67.

pequeñas editoriales disidentes<sup>13</sup>. Si formulamos esta premisa desde la perspectiva de lo que los especialistas llaman la *memoria comunicativa*, puede decirse que, durante los años del franquismo, por debajo de la memoria oficial discurrió otra memoria que afectó a una variada gama de actividades y de círculos, pero a la que apenas le fue dado el expresarse públicamente, o halló innumerables obstáculos institucionales para hacerlo, o solo pudo aspirar a menciones tácitas o alusiones en el terreno intelectual<sup>14</sup>.

Ahora bien, ni la memoria comunicativa de los españoles ni el recuerdo oficial del Régimen permanecieron inalterables a lo largo de dicho período. Si en la primera comenzó a dibujarse lentamente la idea de *reconciliación*<sup>15</sup>, en el segundo –que se hallaba cristalizado en lugares como el callejero, los monumentos y espacios urbanos, las fiestas, el currículo escolar y la propaganda oficial– comenzaron a aparecer elementos modernizadores, como las alusiones a la «paz» y el «progreso», e incluso emergieron voces que también se referían a la reconciliación, aunque de manera limitada y contradictoria<sup>16</sup>. De hecho los años sesenta y setenta fueron testigos de importantes cambios sociales y de mentalidad impulsados fundamentalmente por el desarrollo de nuevas generaciones<sup>17</sup>. Utilizando una expresión tomada de los Estudios Culturales, se podría decir que en los últimos años del franquismo y durante la Transición comenzó a aflorar una *postmemoria* de la Guerra Civil o memoria de «segunda generación» en la que los «hijos» comenzaron a desarrollar una relación distinta con el trauma de la Guerra que vivieron sus padres, o ellos mismos como niños, lo que alumbraría a su vez nuevos modos de enfrentarse al pasado y al futuro<sup>18</sup>.

<sup>13</sup> Sin embargo, es significativo que la novelística de los años sesenta sobre el tema, cuyos autores pertenecieron a la generación de la Guerra y donde hubo auténticos *best-sellers*, registre una tendencia a evitar la propaganda y a subrayar una imagen del conflicto como fracaso colectivo más compleja y matizada. Véase Jeremy Treglown, *Franco's Crypt. Spanish Culture and Memory since 1936*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2013, págs. 148-156, 180-184.

<sup>14</sup> Memoria comunicativa consiste en aquel recuerdo basado en los círculos que hacen posible la comunicación cotidiana (familia, círculo de trabajo, sindicato, asociación, grupo de amigos, vecinos, etc.). Véase Jan Assmann, «Collective Memory and Cultural Identity», *New German Critique*, 65, Cornell University, 1995, págs.125-133.

<sup>15</sup> Este fenómeno ha sido estudiado sobre todo en lo que atañe al desarrollo de actividades culturales (fundación de revistas, publicación de ciertos libros, etc.). Una panorámica global en Vicente Sánchez-Biosca, «Las culturas del tardofranquismo», *Ayer*, 68, 2007, Madrid, págs. 89-110.

<sup>16</sup> Sobre las adaptaciones de la memoria oficial del franquismo durante los años sesenta y primeros setenta, Paloma Aguilar, *Memoria y olvido*, págs.164-183 y 198-208.

<sup>17</sup> Para el análisis político y electoral algunos estudios han distinguido, a la altura de 1978, la presencia de cinco generaciones: los nacidos antes de 1914; entre 1914 y 1923; entre 1934 y 1943; entre 1944 y 1954 y entre 1958 y 1960 (véase *Informe sociológico sobre el cambio político en España, 1975-1981. IV Informe FOESSA*, vol. 1, Euramérica, Madrid, 1981, págs. 597-598). Para nuestro propósito de análisis de la memoria social es posible simplificar esta clasificación y distinguir entre la generación que vivió la Guerra como adulto y las generaciones que la vivieron (junto con la posguerra) como niños.

<sup>18</sup> Los estudios de postmemoria no solo han evolucionado desde sus primeras formulaciones hace quince años (cuando fueron enunciados para el tema del Holocausto), sino que han sido aplicados al examen de obras literarias sobre la Guerra Civil publicadas en las dos últimas décadas. Su extensión a estudios más amplios que abarquen la Transición todavía plantea diversas dificultades y retos conceptuales (véase un resumen de los mismos en Sebastián Faber, «Actos afiliativos y postmemoria: asuntos pendientes», *Paavento. Revista de Estudios Hispánicos*, vol. 2, 1, invierno de 2014, Madrid, págs. 137-155). La más reciente formulación de la postmemoria, en Marianne Hirsch, *The Generation of Postmemory: Writing and Visual Culture after the Holocaust*, Columbia University Press, Nueva York, 2012.



No es extraño, pues, que tras la muerte de Franco, cuando las expectativas de cambio se aceleraron y se comenzó a relajar la censura entre 1974 y 1976, también se asistiera a una notable diversificación de las narrativas, visiones y evocaciones públicas de la Guerra. Ello fue posible gracias sobre todo a plataformas como la prensa, el cine, la literatura, los homenajes a figuras del exilio, la canción popular, las editoriales y los libros de testimonios y de historia, estos es, a actividades culturales, profundamente influidas por los cambios sociales y generacionales, que habían estado sometidas hasta entonces a una marcada censura o se hallaban abiertamente prohibidas. No quiere decirse con ello que el mencionado proceso de «afloramiento» de la citada memoria comunicativa fuese fluido. Si tenemos en cuenta que la *memoria familiar* es un ámbito que puede albergar traumas de toda clase, es fácil entender las dificultades de expresar esa clase de recuerdos incluso cuando se vislumbraba, o alumbraba de hecho, un marco de libertades políticas. Lo que sí se observa fácilmente en el panorama cultural de finales del franquismo y de la Transición es una creciente necesidad en la opinión pública de acceder a relatos de la Guerra Civil más plurales, verídicos y completos, que fuesen capaces de cubrir el carácter fragmentario de la memoria familiar o contrarrestar los mitos de la propaganda oficial. Para las nuevas generaciones que no conocieron la Guerra, o solo tenían vislumbres procedentes de la niñez, era importante encontrar relatos verídicos que ayudaran a contextualizar esa deseada superación generacional. Incluso muchos que vivieron el conflicto como adultos no dudaban en afirmar que era necesario su conocimiento como vacuna para las nuevas generaciones<sup>19</sup>.

Igualmente las *memorias políticas* (del socialismo, comunismo, republicanismo, anarquismo, etc.) recibieron acogida editorial en la España de 1976-77 y años posteriores<sup>20</sup>. Pero su uso político propiamente dicho tampoco se manifestó de manera fluida. A los responsables de la reforma política y a los más destacados dirigentes de la oposición, más que recrear los recuerdos de la República y la Guerra, lo que les interesó fue mostrar las diferencias de dichos periodos con el presente. Su objetivo era subrayar la idea de reconciliación, dejar atrás la presencia simbólica de la Guerra, y prepararse para el nuevo marco institucional que se avecinaba en 1977. Por su parte, los electores, los ciudadanos y ciudadanas que votaron el referéndum de la Ley para la Reforma Política, las elecciones de junio de 1977 y la Constitución de 1978, se revelaron como un público notablemente moderado. A pesar de toda la memoria comunicativa experimentada, la convivencia durante décadas con un recuerdo oficial como el franquista, que aseguraba que la Guerra fue inevitable y advertía de los peligros que acarrearían la democracia y el comunismo, y los propios zarpazos del terrorismo, despertaron con frecuencia los fantasmas del pasado y a menudo hicieron creer a muchos españoles que la violencia estaba profundamente instalada en la historia y en el presente. En suma, durante la Transición dirigentes políticos y electores, conscientes de la «vigencia social» de la Guerra, o convencidos de que esta pertenecía a un

<sup>19</sup> Véase, por ejemplo, Vicente Guarner, *Cataluña en la guerra de España, 1936-1939*, G. del Toro editor, Madrid, 1975, pág. 132, y Jesús Izcaray, *La guerra que yo viví. Crónicas de los frentes españoles*, Edicusa, Madrid, 1978, pág. 7.

<sup>20</sup> Véanse libros específicamente dedicados a recuperar determinadas memorias, como la socialista en Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables: testimonio de un socialista español*, Grijalbo, Barcelona, 1978, 2 vols.; la comunista en Juan Modesto, *Soy del quinto regimiento*, Laia, Barcelona, 1978, y José Díaz, *Tres años de lucha*, Laia, Barcelona, 1978; los testimonios anarquistas de Diego Abad de Santillán, *Porqué perdimos la guerra: una contribución a la historia de la tragedia española*, Gregorio del Toro editor, Madrid, 1975, Adolfo Bueso García, *Recuerdos de un cenetista. De la república a la guerra civil*, Ariel, Barcelona, 1976, 2 vols., y Juan Gómez Casas, *Los anarquistas en el gobierno (1936-1939)*, Bruguera, Barcelona, 1977; o los recuerdos de Regulo Martínez Sánchez, centrados en la tradición de los partidos republicanos, *Republicanos de catacumbas*, Ediciones 99, Madrid, 1977.



pasado todavía muy cercano, prefirieron mostrar un «silencio relativo» en el uso político de ese pasado, dentro de lo que fue una generalizada preocupación colectiva por el tema, antes que agitarlo como arma política. Esta actitud política no ayudó precisamente a que las familias y asociaciones, que ya entonces solicitaban alguna clase de reparación por la represión desatada por el franquismo durante la Guerra y la posguerra, adquirieran notoriedad pública o lograsen sus objetivos.

A todo ello debe añadirse el hecho de que la propia Transición atravesó por varias etapas en las que puede observarse que la mirada al pasado y las expectativas se combinaron de manera distinta: a los años 1976 y 1977, de mayores expectativas y gran interés histórico y memorial por la Guerra, les siguió el período de 1978 a 1981 de enfriamiento de dichas expectativas con el llamado desencanto y una lenta estabilización del interés cultural por el conflicto. Solo en 1981, tras el 23-F, las expectativas políticas comenzaron a remontar de nuevo. Para entonces, la Guerra, además de recuerdo directo e incipiente postmemoria, ya comenzaba a revelarse como un importante tema de historia e historiadores, todo un signo que mostraba cómo dicho conflicto tendía a convertirse inevitablemente en parte de la memoria cultural de los españoles<sup>21</sup>.

Las citadas circunstancias hicieron del recuerdo colectivo de la Guerra durante los años de la Transición un fenómeno vivo, rodeado de emociones, poliédrico y cambiante, muy alejado de la imagen simplista que recientemente han ofrecido ciertos debates en los medios de comunicación y obras de divulgación, donde la memoria y el olvido semejan categorías fijas y contrapuestas. Como veremos, las encuestas de opinión reflejaron algunas de las caras que aquí se han mencionado, mostrando diferencias generacionales, olvidos, silencios deliberados, deseos de superación, miedos, distintos grados de confianza en el futuro y lecciones de diversa índole. En las páginas que siguen analizaremos y comentaremos los resultados más notables de los estudios antes citados con ayuda de cierta literatura de testimonios y referencias culturales, a través de tres hilos conductores asociados al recuerdo de la Guerra y a sus emociones. A saber: a) la memoria familiar; b) el cambio generacional; y c) las expectativas políticas. El primer factor es un componente destacado de la memoria comunicativa; el segundo implica una modificación de las relaciones con el pasado, esto es, la aparición de una postmemoria; y el tercero permite enmarcar las memorias en el ámbito político.

## MEMORIA FAMILIAR Y CAMBIO GENERACIONAL

Comenzaremos recordando el dato de que, aunque durante la Transición se calcula que un 70% de la población española se hallaba por debajo de los 40 años, todavía uno de cada cuatro españoles estaba en condiciones de narrar vivencias de aquella época, ya fuesen como adultos o como niños<sup>22</sup>. Este hecho significa que en la mayoría de las familias la Guerra todavía era vista como un acontecimiento bastante cercano. En 1983, por ejemplo,

<sup>21</sup> En este trabajo solo podemos apuntar la citada cuestión dado que el desarrollo de la memoria cultural es un fenómeno intergeneracional de largo alcance que incluye multitud de elementos (canon literario, material de archivo, currículo escolar y un sinfín de símbolos, textos, restos, etc.). Véase Aleida Assmann, *Cultural Memory and Western Civilization. Functions, Media, Archives*, Cambridge University Press, Cambridge, Nueva York, 2011, págs. 395-398.

<sup>22</sup> Hemos tomado estos datos de John F. Coverdale, *The Political Transformation of Spain after Franco*, Praeger, Nueva York, 1979, pág. 16; Julio Aróstegui, «Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la guerra civil», en Julio Aróstegui y François Godicheau (eds.), *Guerra Civil. Mito y memoria*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pág. 85, y Walther Bernecker y Sören Brinkmann, *Memorias divididas*, pág. 237.

un 65% de la población aseguraba que «tiene familiares que combatieron en la Guerra»; un 22% podían contar que los suyos murieron en la propia contienda y un 10% indicaba que «ha tenido algún familiar en el exilio» (C16, 618: 76)<sup>23</sup>. Sin embargo, las cifras también indican que las conversaciones con familiares y amigos sobre aquel pasado eran menos frecuentes de lo esperado y el guardar silencio una actitud muy extendida. Así, solo un 6% de los encuestados aseguraba que, en su familia y entre sus amigos, se mencionaba la Guerra «a menudo»; un 25% señalaban que era un tema que sale «de vez en cuando» y un 39% que no lo tocaban «casi nunca» (C16, 618: 78)<sup>24</sup>. Si surgían comentarios sobre la Guerra en las conversaciones familiares (C16, 616: 63), la mayoría de los relatos y recuerdos tenían que ver con «las dificultades para conseguir alimentos y el racionamiento» (55%) o con «sucesos ocurridos a familiares y amigos» (38%), y con «represalias, persecuciones, fusilamientos» (34%). En cambio, son mucho menos abundantes los relatos y comentarios sobre «acontecimientos políticos de la época» (14%), «posiciones ideológicas de organizaciones y personas» (11%) e incluso sobre «acciones militares de combate» (9%). A la pregunta «Cuando usted era niño o adolescente, ¿con qué frecuencia solía hablarse de política en su casa?», se respondía de este modo: «Mucho» (5,3%), «Algo» (17,7%), «Poco» (22,3%), «Casi nunca» (41,9%); no sabe o no contesta, un 12,7% (CIS 1980).

Este tema viene corroborado en el libro de Borràs Betriu, quien recoge relatos de violencia, miedo y hambre, al requerir de sus entrevistados que refieran su primera imagen de la Guerra; un recuerdo infantil que se revela claramente traumático y fragmentario. Así, en dicho texto igualmente se mencionan, como los primeros o los más punzantes para sus protagonistas, los momentos de angustia y de silencio, las reacciones de odio y arbitrariedad mezcladas con momentos de aventura e incertidumbre, junto con el sabor de la impotencia y la inquietud. Los más jóvenes recuerdan mejor el inicio de la posguerra: «mis recuerdos –decía Pedro Altares– no señalan el fin de una contienda sino el comienzo de una época de victoria y derrota, de miedo y de triunfo, de hambre y de pan hecho privilegio» (pág. 385). Manuel Vicent, nacido en 1936, recordaba más bien aquel «silencio muy concreto que daba por descontado que nosotros éramos los buenos y los otros los malos» (pág. 467). O como refería Josep Melià, «la gente había aprendido a callar y a no buscarse problemas» (pág. 513).

La publicación de testimonios infantiles antes de 1976 y 1977 se puede considerar como parte del difícil afloramiento de la memoria comunicativa que tuvo lugar durante el tardofranquismo y una muestra del sentido trágico con el que afrontaron la memoria de la Guerra las nuevas generaciones. Así se observa en la novela *Los niños que perdimos la guerra* de Luis Garrido. En este relato, cuyo contenido autobiográfico se apoya en la familia y los amigos, escrito en 1963 para un concurso literario y publicado con algunas partes censuradas en 1970, se dice textualmente: «quienes eran niños en el año treinta y seis (...) perdieron la guerra fuese cual fuese la filiación política o el bando en el que militasen sus padres»<sup>25</sup>.

Llegada la Transición, el levantamiento de la censura permitió una recuperación mucho más amplia de esta clase de testimonios infantiles, que vienen igualmente a ratificar y ampliar las referencias que aparecen en el libro de Borràs y su valor de memoria de «segun-

<sup>23</sup> Para hacer menos tediosa la referencia a uno u otro estudio, indicaremos la fuente de los datos en el texto, entre paréntesis, con las siguientes abreviaturas: IOP 1969, FOESSA 1970, CIS 1979, CIS 1980, C16.

<sup>24</sup> Ver en el Anexo, Tablas 11 y 12, otros datos sobre esta cuestión.

<sup>25</sup> Luis Garrido, *Los niños que perdimos la guerra*, pág. 312.

da generación». El objetivo del rescate era una abierta puesta en valor de la necesidad de superación generacional de la Guerra: «Los hombres que hoy gobiernan España fueron, en su mayoría “niños de la guerra civil”. La misma edad tienen algunas de las personas que se coordinan en la llamada oposición. Esperemos para el bien de España de hoy y de mañana, que los recuerdos de su infancia sirvan para evitar una nueva guerra civil, la peor de las guerras», escribió Teresa Pàmies tres meses antes de las elecciones de junio de 1977<sup>26</sup>. En este libro pionero Pàmies reunió una variada gama de testimonios infantiles que iban desde recuerdos sobre la vuelta a la escuela tras las «vacaciones» de 1936, los juegos, la acogida en el extranjero y el adoctrinamiento que tuvo lugar en ambos lados hasta cómo los niños imaginaban que sería la paz. En todos los temas el trauma de la Guerra se hallaba presente directa o indirectamente, aunque se constataban diferencias según la procedencia social de la familia y el bando al que esta perteneció o en el que se vio involucrada: recuerdos de bombardeos, del hambre, el frío y la angustia, y de haber presenciado fusilamientos incluso, recuerdos que se combinan con la evocación de juegos en los que no faltan las imágenes bélicas<sup>27</sup>.

Si a continuación atendemos a la memoria relativa a cada uno de los bandos, lo que las encuestas permiten observar es que tales recuerdos tuvieron que ver sin duda con la mayor o menor cercanía e implicación en cada uno de ellos. De nuevo observaremos que familia y diferencias generacionales juegan un papel esencial. En 1983 (C16, 618: 76), un 25% de los encuestados decía que «todos sus familiares combatieron con Franco», y casi los mismos –un 24%– aseguraban que «todos sus familiares combatieron con la República». Un 16% señalaba, en cambio, que una parte de sus familiares lo hicieron con Franco y otra parte con la República. En la Tabla 1 se muestran las respuestas a estas mismas preguntas divididas por grupos de edad.

TABLA 1  
*La Guerra Civil y las familias (1983)*  
(en porcentaje, por grupos de edad)

	18-24	25-34	35-44	45-54	>54
No tiene familiares directos que combatieran en la guerra	38	32	31	42	32
Todos sus familiares combatieron con Franco	20	26	28	23	26
Todos sus familiares combatieron con la República	18	23	21	23	31
Unos familiares con Franco y otros con la República	24	18	20	12	9

Fuente: C16, 616: 76.

<sup>26</sup> Teresa Pàmies, *Los niños de la guerra*, págs. 9-10 (el libro se publicó en abril de 1977). Una visión de conjunto que incluye la bibliografía más reciente, en Magdalena González, «La generación herida. Guerra Civil y el primer franquismo como signo de identidad de los niños nacidos hasta el año 1940», *Jerónimo Zurita*, 84, Zaragoza, 2009, págs. 87-112.

<sup>27</sup> Teresa Pàmies, *Los niños de la guerra*, pág. 95.

Merece la pena advertir la existencia de diferencias entre las generaciones mayores y las más jóvenes. Estas diferencias se observan mejor si sumamos aquellos encuestados cuyos familiares combatieron todos en un solo bando, por un lado, y, por otro, quienes no tenían familiares directos que combatieran en la Guerra o tuvieron familiares en ambos bandos. Las cantidades resultantes son interesantes. Entre los mayores, las familias que combatieron en un solo bando suman el 57% mientras que entre los más jóvenes son solo un 38%. En cambio, las familias que no combatieron o que lo hicieron en ambos bandos, entre los mayores suman un 41% mientras que entre los más jóvenes la cifra sube a un 62%. Es evidente que una cosa era la participación en el combate y otra bien distinta la identificación o la simpatía hacia una de las causas. No era lo mismo la experiencia directa de ser parte de la contienda que la de no serlo. Hay que recordar además los datos demográficos con lo que iniciábamos este apartado, pero esta vez para retener la idea de la presencia, durante la Transición, de un porcentaje predominante de población que no había vivido la Guerra como adulto o incluso que ni siquiera había nacido en aquel entonces. Tal dato es sin duda significativo porque el desarrollo demográfico, junto con otros factores socio-económicos, había traído un cambio generacional cuyas primeras manifestaciones públicas de memoria comenzaban a mostrarse durante los años del tardofranquismo y se harían mucho más visibles durante la Transición.

El acrecentamiento de la citada «distancia» generacional en los años sesenta se puede considerar una manera práctica de declarar obsoleta la memoria oficial. Además de por procedencia infantil y familiar, para una mayoría de españoles la memoria de la Guerra venía, antes que de la vivencia directa como combatientes (o en su caso como dirigentes o responsables políticos), de la presencia del franquismo y de sus símbolos y consecuencias. El resultado era que para un creciente número de ciudadanos una parte sustancial de la imagen de la Guerra se había quedado congelada en buena medida en la representación propagandística que se les había transmitido a través de nombres, hechos y fechas consideradas emblemáticas, contenidas en los manuales escolares y en ciertos lugares de la memoria y fiestas del calendario<sup>28</sup>. Nada que ver desde luego con la información que se obtenía de la historiografía que se publicaba en el extranjero, la cual se reducía a una pieza de consumo para una minoría de intelectuales y militantes de partidos de la oposición, quienes se nutrían de los círculos del libro clandestino<sup>29</sup>. Las referencias sobre la Guerra de la inmensa mayoría de los españoles durante décadas tuvieron otras fuentes culturales de procedencia. Todavía en 1969 se editaba, por ejemplo, el *Libro de España*, un texto de lecturas que se había comenzado a publicar en 1942, cuando fue adaptado a la narrativa histórica del franquismo. En este libro, que sirvió a dos generaciones de españoles para hacer sus primeros pinitos en la lectura, aparece desplegada toda la iconografía franquista de la Guerra Civil. El texto narra el viaje por la geografía española en 1941, desde el puerto de Bilbao hasta Sevilla, de dos hermanos huérfanos que regresan con sus abuelos desde la ciudad francesa de Gronac, donde habían sido acogidos por la criada que había servido en

<sup>28</sup> Véase, por ejemplo, Alexandre Cirici, *La estética del franquismo*, Gustavo Gili, Barcelona, 1977, págs. 76-183; Antonio Bonet Correa (ed.), *Arte del franquismo*, Cátedra, Madrid, 1981; Paloma Aguilar, *Memoria y olvido*, págs. 112-137; Angel Luis Abós Santabárbara, *La historia que nos enseñaron, 1937-1975*, Foca, Madrid, 2003, págs. 44-84, 165-181; y Walther Bernecker y Sören Brinkmann, *Memorias divididas*, págs. 167-202.

<sup>29</sup> Sobre la circulación del libro clandestino sobre la Guerra en los años del franquismo, Albert Forment, José Martínez: *la epopeya de Ruedo Ibérico*, Anagrama, Barcelona, págs. 208, 263, 467, y Xavier Moret, *Tiempo de editores. Historia de la edición en España, 1939-1975*, Destino, Barcelona, 2002, pág. 162.

la casa paterna antes de julio de 1936. Los editores aprovechan dicha peripecia para trazar un cuadro de costumbres, personajes históricos y hazañas de todas las regiones españolas basado en una memoria de la Guerra que recoge todos lugares comunes alentados por el franquismo: la defensa de los «requetés navarros», la defensa de Belchite, la muerte de José Antonio Primo de Rivera, la defensa del Alto del León (Valladolid) con Onésimo Redondo, el asalto al Cuartel de la Montaña, el Alcázar de Toledo, etc.<sup>30</sup>

Sin embargo, debe insistirse en el hecho de que por debajo de esta memoria propagandística, una fuente importante de información sobre la Guerra Civil durante el franquismo y la Transición fueron la familia y la comunicación oral en general (a pesar de los silencios antes citados). Este dato, dado el carácter fragmentario de dichas fuentes, permite entender por qué la gran mayoría de los españoles (76%) se declaraban en las encuestas mal informados sobre el tema de la Guerra (C16, 616: 60): un 57% afirmaba que obtenía dicha información en el seno de la propia familia por transmisión oral (C16, 618: 78). Quienes aseguraban que tenían conocimientos sobre la misma a través de libros y revistas especializadas no pasaban del 36% de los entrevistados. Otras fuentes de información eran la televisión (28%), los amigos (17%), la escuela o la universidad (14%), los periódicos (12%) y el cine (9%).

Obsérvese el detalle correspondiente al ámbito escolar, su escaso protagonismo: se puede interpretar como un rasgo característico del momento que se deriva del proceso de despliegue y adaptación de la llamada Ley General de Educación (1970) a la naciente cultura democrática. Todavía en los últimos años del franquismo, la Transición e incluso los años ochenta, la llamada «enseñanza general básica» (EGB) tenía un cuestionario que contenía claras reminiscencias de la memoria oficial del franquismo, con alusiones a los «movimientos separatistas», «el movimiento nacional», «la guerra de liberación» y «el Fuero de los españoles y otras leyes fundamentales». En el Bachillerato (el llamado BUP, Bachillerato Unificado Polivalente), en cambio, el proceso de modernización de la memoria reciente, en concordancia con la pluralidad de la sociedad española, fue mucho más rápido. Sin embargo, no puede decirse que dicha modernización se generalizara hasta la segunda mitad de los ochenta, donde ya se incluía el tema de «La España democrática»<sup>31</sup>. El desplazamiento de la memoria franquista en el proceso de incorporación de la Guerra Civil a la memoria cultural de los españoles tenía, por aquel entonces, más que ver con factores políticos y culturales (en donde libros, revistas e información televisiva tenían un cierto peso) que con el ámbito escolar.

Sin duda este desarrollo de la curiosidad histórica estaba relacionado con el grado de actualidad de la Guerra Civil: en 1983, por ejemplo, todavía un 59% de los españoles consideraba que se trataba de un asunto de interés o actualidad y solo un 39% lo consideraba «un tema olvidado» (solo un 2% no sabía o no contestaba a esta cuestión) (C16, 616: 60). No resulta extraño, por lo tanto, que, a la luz de la estrecha vigilancia, la censura ejercida y la información fragmentaria circulante que tenían los españoles sobre el tema, uno de los elementos que los editores y ciertos historiadores e incluso medios de información consideraron prioritarios fuese la recuperación de lo que el cineasta Jaime Camino llamó «la vieja memoria», esto es, los testimonios directos de personajes relevantes, tanto procedentes del franquismo como del exilio, y los recuerdos de los combatientes anónimos. Ahora bien, un repaso por esa literatura muestra que no resultaba fácil el acceso público de esa clase de memoria comunicativa. Lo impedían sus vicisitudes previas (el exilio inclu-

<sup>30</sup> *El libro de España*, Editorial Luis Vives, Zaragoza, 1969, respectivamente, págs. 56-57, 63-64, 146-147, 162-163, 190, 296-298.

<sup>31</sup> Rafael Valls Montés, *Historia y memoria escolar: Segunda República, Guerra Civil y dictadura franquista en las aulas*, Universitat de València, Valencia, 2009, págs. 23 y 57-85.

so), sus variadas intenciones y empeños, y sus limitadas posibilidades de conexión con las plataformas culturales, al menos en lo que se refiere a los combatientes. En 1977 el escritor Domenech Pastor Petit clasificó los testimonios de estos de la siguiente manera:

«Los que anhelan el olvido como superación del trauma según la fórmula del silencio; los que no olvidan porque no pueden o no les da la gana y se niegan al diálogo; los que, libres del apetito de represalia, exaltan sus vivencias y su actuación; los que se avergüenzan de un trabajo subterráneo (de recuperación de la memoria); los que narrarían los recuerdos, sin rencor o revancha, pero ignoran a quien dirigirse para vaciarse; (y) quienes se abren –una minoría– y se erigen en honrados y no interesados testigos y notarios, y hablan libres de inhibiciones y complejos»<sup>32</sup>.

En ocasiones esos testimonios de «vieja memoria» se vertían en un manuscrito que su autor había puesto en manos de un historiador para que lo considerase. Así se publicó tempranamente, por ejemplo, *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España* (1968), del payés catalán de José Llordés Badía, un libro al que el profesor Carlos Seco Serrano asignaba el papel de representante de la memoria colectiva del combatiente<sup>33</sup>. Otras veces se trataba de desahogo personal. Esto ocurrió con *Belchite a sangre y fuego* (1976) de Amaro Izquierdo, alférez provisional en el bando franquista hecho prisionero en la toma de esa ciudad por el ejército republicano, quien aseguraba que conservaba los recuerdos con «el mismo frescor» que en la propia época y que si algo bueno había sacado de la presente exposición de los mismos era «la paz interior que me ha proporcionado»<sup>34</sup>. En otras ocasiones se quería reconstruir la historia a través de una pluralidad de entrevistas. Este fue el propósito de Jaime Camino con *La vieja memoria* (filmada entre 1976 y 1978), quien, con ayuda de sus entrevistados, se esforzó en dar a la película un aspecto histórico, un relato donde lo que se contaba se viese como algo perteneciente al pasado<sup>35</sup>. No faltó quien hizo del testimonio del combatiente una obligación moral y el punto de partida de su actividad de escritor. Tal fue el caso notable de Eduardo Pons Prades, acabado ejemplo del historiador-excombatiente hecho a sí mismo gracias a sus experiencias durante la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial –combatió contra Hitler–, a sus actividades de crítico literario durante el franquismo –regresó del exilio en 1962– y a su interés en rescatar la memoria y estudiar la historia de la Guerra Civil en los años de la Transición. Cuando Pons Prades publicó en 1973 su primer libro, que tenía un alto componente testimonial, lo tituló *Los que Sí hicimos la guerra*. Este rótulo, más que una réplica al libro de «segunda generación» de Borràs, lo que reflejaba era el empeño en poner en valor otra clase de memoria: el testimonio directo y comprometido con una determinada causa. Como reza el anuncio de la contraportada, «esta obra no pretende ser réplica a libro alguno (...) (sino que) traza la personalidad de quienes hicieron la guerra a sabiendas, intuyéndola, adivinándola, soñándola (...) porque tal es la actitud correcta cuando se pretende asumir y cumplir una misión histórica»<sup>36</sup>.

<sup>32</sup> Domenech Pastor Petit, *Espionaje (España, 1936-39)*, Bruguera, Barcelona, 1977, pág. 14.

<sup>33</sup> Carlos Seco Serrano, «Prólogo» a José Llordés Badía, *Al dejar el fusil. Memorias de un soldado raso en la guerra de España*, págs. 12-14.

<sup>34</sup> Amaro Izquierdo, *Belchite a sangre y fuego*, pág. 269.

<sup>35</sup> «Hechos muy lejanos (...) niebla del pasado que juega muy poco en nuestras vidas», denominaba Pasionaria a sus recuerdos de la República (recogido en Jaime Camino, *Conversaciones íntimas con la Pasionaria*, págs. 86-87). El proceso de filmación de la película, en Magi Crusells, *La guerra civil española: cine y propaganda*, Ariel, Barcelona, 2000, pág. 146-158.

<sup>36</sup> Eduardo Pons Prades, *Los que Sí hicimos la guerra*, citado en contraportada.



¿Puede considerarse la publicación de dichos testimonios como un síntoma de reconciliación? Así parece indicarlo el hecho como tal<sup>37</sup>. En todo caso su misma salida a la luz también es una muestra de la importancia que se les concedía a las nuevas generaciones. El empeño de que se publicaran llevaba sin duda el sello de estas últimas, esto es, el deseo de mostrar a los jóvenes cuáles fueron las complejidades de la participación en la Guerra, huir de los lugares comunes de la propaganda franquista y rescatar testimonios que por la edad de quienes los representaban corrían el peligro de perderse; en suma, poner en valor la memoria comunicativa, pero también cubrir sus lagunas. Donde mejor se observa esta pretensión es acaso en la famosa colección de *Memorias de la Guerra Civil española, 1936-1939*, que lanzó el editor madrileño Gregorio del Toro Perdiguero entre 1973 y 1977, quien era un niño de once años cuando estalló el conflicto. Dichas Memorias se las puede considerar testimonios de «vieja memoria» que vieron la luz para cubrir la curiosidad histórica de las generaciones jóvenes y ofrecer lecciones<sup>38</sup>. En uno de los libros de ese catálogo, por ejemplo, la escritora Montserrat Roig, nacida en 1946, explicaba que «el pasado no está hecho de una manera lisa, sino que abundan en él los escollos», y que el mérito de su autor era el que se hablase de su generación, pues el libro «rinda tributo a los que no lo pueden contar, a los que murieron, a los que no saben cómo hacerlo y a los que se han resignado en el silencio»<sup>39</sup>. De hecho, no es infrecuente hallar el título de la obra de Borràs en la justificación cultural de los libros de historia y de memorias de los años de la Transición. Por ejemplo, así explicaba José Luis Abellán, nacido en 1933, por qué había comenzado a dirigir en 1976 la famosa obra colectiva *El exilio español de 1939*: «Hemos querido que los que no hicieron la guerra conozcan su pasado inmediato, es decir, las raíces y la continuidad de la cultura española»<sup>40</sup>.

Las simpatías de los encuestados hacia los bandos en liza fueron igualmente objeto de análisis. Según el CIS (1979), a la pregunta «Por lo que usted sabe o puede recordar, ¿con cuál de los dos bandos de la Guerra Civil simpatizaba más su familia?», el 27% había dicho que «con los nacionales» y el 21% había respondido que «con los republicanos»; el 4%, que «unos con los nacionales y otros con los republicanos», y el 26%, en cambio, que con ninguno de los dos. Otra cifra interesante es la de aquellos que «no saben, no contestan»: hasta un 22% de los entrevistados eludieron contestar a esta pregunta. Está claro que esta era una cuestión difícil de responder. A los hechos recordados y transmitidos en cada familia se les añadían las circunstancias del momento en que se daba razón de ello. Como indica la Tabla 2, las respuestas variaron notablemente en función de ese contexto. Así, solo un año después, los que se identificaban con uno de los dos bandos habían pasado del 48% a un 40%. Y los que no saben o no contestan llegaban a casi un 36% (CIS 1980).

<sup>37</sup> En *La vieja memoria*, Camino reúne 14 testimonios del lado republicano y cinco del bando franquista. Corroborar dicha tesis también un protagonista de los hechos como Enrique Lister, quien asegura que los que lucharon en los frentes de batalla o en las dos retaguardias, «por el triunfo de la causa que ellos consideraban la buena», ya hacía tiempo que se habían reconciliado (*Memorias de un luchador. Los primeros combates*, págs. 101-102).

<sup>38</sup> La colección recibió la atención de *El País* donde Francisco Umbral le dedicó una columna en la que escribió que «esta colección (y) esta editorial (...) se han propuesto que cada español cuente su batallita y cómo fue la guerra en su pueblo, cosa que los españoles ya venían haciendo por tradición oral, de padres a hijos y de vecino a vecino» («La guerra particular de cada español», *El País*, 17 de julio de 1976).

<sup>39</sup> Montserrat Roig, «Prólogo» a Eduardo Pons Prades, *Un soldado de la República (Itinerario ibérico de un joven revolucionario)*, pág. 13.

<sup>40</sup> Citado en «Libros. Todo sobre el exilio», *Opinión*, 3, 23-29 de octubre 1976, pág. 77.

TABLA 2

*Bando de referencia (1979, 1980 y 2008)*  
(en porcentaje)

«Por lo que Vd. sabe o puede recordar ¿con cuál de los dos bandos de nuestra última guerra civil simpatizaba más su familia?»

	CIS 1979	CIS 1980	CIS 2008
Con los nacionales	27	24,3	17,6
Con los republicanos	21	15,7	28,2
Unos con los nacionales y otros con los republicanos	4	9,5	10,5
Con ninguno de los dos	26	14,7	16,7
N.S. / N.C.	22	35,8	27
Total	100	100	100

Fuente: CIS, Estudios n° 1192, 1237 y 2760.

En el estudio dirigido por el CIS en 2008 sobre la memoria de la Guerra Civil se vuelve a preguntar por el bando con el que simpatizaba la familia del encuestado. Las respuestas merecen incluirse en la Tabla 2. Los que reconocen que su familia simpatizaba con los autodenominados nacionales habían descendido hasta un 17%, mientras que los que adscribían las simpatías de su familia del lado republicano llegaban hasta el 28,2%. Los que no saben o no contestan eran un 27%; todo ello muchos años después de concluida la Transición. ¿Cómo se puede interpretar esta respuesta?: ¿quizá como ignorancia o acaso como silencio? Quizá en 1980 no dar respuesta podía ser una manifestación de vergüenza por un pasado que se repudiaba; o acaso un ejercicio de cálculo o de prudencia para evitar tomar postura en un contexto socio-político que por aquel entonces todavía se adivinaba incierto. En cambio, en 2008, la razón por la que el 27% de los encuestados no contesta ha de ser, sobre todo, porque de hecho no lo saben, porque en su familia no se habla de estos temas o porque se trata de un asunto al que ya no se le concede el peso relativo que se le otorgó en los años de la Transición. La Tabla 3 muestra que los que parecen estar más informados sobre los temas de la Guerra Civil en 2008 son los que en esta fecha tienen entre 45 y 54 años, es decir, personas que en los años de la Transición rondarían los veinte años y habían nacido muy avanzada la posguerra. Parece obvio que con el paso del tiempo el recuerdo de la Guerra ha ido perdiendo la funcionalidad que tuvo durante los años del franquismo y la Transición y que, pese a la presencia de la memoria familiar y los movimientos de recuperación de la memoria (cuyo núcleo reside en esta clase de memoria), la Guerra se ha ido convirtiendo en parte de un ámbito cultural cuyo componente de «almacenamiento» es cada vez mayor y a cuya producción han contribuido, con sus obras de historia, literatura, películas, exposiciones, etc., precisamente los sectores más jóvenes de esa autodenominada generación que no hizo la Guerra, así como posteriores generaciones<sup>41</sup>.

<sup>41</sup> Entiéndase por memoria «funcional» aquella clase de memoria cultural que permanece viva en la opinión pública y que desarrolla funciones de crítica y legitimación política y social. Sus diferencias con la «de almacenamientos», en Aleida Assmann, *Cultural Memory and Western Civilization*, págs. 123-132.

TABLA 3  
*Bando de referencia (2008)*  
*(en porcentaje, por grupos de edad)*

«Por lo que Ud. sabe o puede recordar, ¿con cuál de los dos bandos de la Guerra Civil simpatizaba más su familia, ¿con los nacionales o con los republicanos?»

	18-24	25-34	35-44	45-54	55-64	65+
Con los nacionales	11,5	14,4	15,3	16,6	24,0	23,1
Con los republicanos	24,8	29,5	29,3	33,4	25,5	25,1
Unos con los nacionales y otros con los republicanos	13,8	16,2	18,1	16,0	11,7	10,5
Con ninguno de los dos	8,7	8,2	13,4	13,2	14,5	16,8
N.S.	40,2	30,4	23,3	18,3	23,0	20,9
N.C.	1,0	1,3	0,6	2,5	1,3	3,6
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: CIS, Estudio nº 2760.

Pasemos al tema de la adscripción ideológica del encuestado y observemos de nuevo un aspecto que guarda relación con la memoria familiar: dicha adscripción tiene que ver de nuevo con las simpatías de su familia durante la Guerra. En la encuesta del CIS de 1980 se puede advertir esta relación. Los entrevistados se situaban según sus convicciones en el momento de la encuesta en una escala que va de 0 (izquierda) a 10 (derecha). De media, aquellos cuya familia simpatizaba con los llamados nacionales se situaban en un 5,36, bastante más a la derecha de aquellos cuya familia simpatizaba con el bando republicano, quienes se situaban en el 3,28 en la escala de 0 a 10. Es interesante –y menos previsible– la situación de aquellos cuya familia simpatizaba con ambos bandos, con ninguno de los dos o quienes no contestaron a la pregunta. Como indica la Tabla 4, los que simpatizaban con ambos bandos ocupaban una posición central en la escala ideológica, mientras que estaban más a la derecha los que no simpatizaban con ninguno de dichos bandos y, más aun, los que no saben o no contestan.

Borràs Betriu planteó a su muestra de personajes de la cultura la siguiente pregunta: «¿Se siente usted heredero de alguno de los dos bandos enfrentados en la lucha?». De los 97 entrevistados, 18 se declararon herederos del bando «nacional», 20 del republicano, 15 se sentían herederos de los dos bandos por igual, 30 de ninguno y 14 no contestaron. ¿Pueden estas cifras ayudar a apoyar la hipótesis del distanciamiento generacional como base de los cambios en la memoria? Lo que es más fácil de observar es que la creencia de que la Guerra seguía teniendo vigencia social era una opinión bastante extendida a finales del franquismo y durante los años de la Transición. En la encuesta de Borràs es destacable el modo en que cada uno de los grupos antes citados afrontó la pregunta «¿Considera usted la Guerra como un “hecho vivo” aún, o pertenece ya al museo de los recuerdos históricos?». Solo aquellos que no se sentían herederos de ningún bando consideraron mayoritariamente que la Guerra era un hecho ya pasado. En cambio, los demás tenían a esta como un hecho vivo que incidía agudamente en el presente: «no puedo olvidar lo vivido»,

TABLA 4  
*Ideología, según bando con que simpatizaba su familia (1980)*  
*(Izquierda 0-Derecha 10)*

	<i>Media</i>	<i>Desv. típica</i>	<i>(n)</i>
Con los nacionales	5,36	1,95	580
Con los republicanos	3,28	1,55	487
Unos con los nacionales y otros con los republicanos	4,12	1,79	231
Con ninguno de los dos	4,32	1,65	346
NS/NC.	4,45	1,67	621
Total	4,38	1,87	2265

Fuente: CIS, Estudio nº 1237.

respondió Juan Emilio Aragonés (pág. 49); «no puede arrancarse de nuestro presente», aseguró Ricardo de la Cierva (pág. 55).

Quienes fueron testigos presenciales de la Guerra y se consideraban «herederos de ambos bandos, herederos de la lucha», podían decir –se observa en la encuesta de Borràs– que «todavía tiemblan en nosotros el dolor y la pasión», como afirmaba José María Rodríguez Méndez (pág. 41). Pero las respuestas de quienes no se veían herederos de ninguno de los bandos en conflicto eran de hecho más variadas y matizadas de lo que podría pensarse. Luis Castresana, por ejemplo, sostenía que la Guerra era un hecho «pasado para mí pero vivo para los exiliados» (pág. 19); Juan Gomis, que era un hecho vivo porque «aún no se ha logrado la efectiva reconciliación» (pág. 123), en lo que también coincidía Marta Portal, quien aducía que «quedan voces que no han hablado o que yo no he podido escuchar» (pág. 281).

Sí en el texto de Borràs prestamos de nuevo atención a las diferencias de edad, nos encontraremos con que los más mayores, los nacidos antes de 1930, eran los que más tendían a considerar la Guerra como algo pasado. Muchos de los nacidos en los años veinte aseguraban que para ellos la Guerra era un hecho vivo, mientras vivieran, pero que para los más jóvenes debería ser un mero dato histórico, como un recuerdo de museo, del que se puede prescindir. Sin embargo, los más jóvenes, los nacidos en los años cuarenta, referían justo lo contrario: para ellos la Guerra era algo muy vivo, actuante y condicionante en sus vidas y en la de la sociedad. Es cierto que «hoy se puede ser de derechas o de izquierdas sin que eso implique necesariamente una referencia a los bandos de la Guerra» (Raúl Morodo, pág. 415), pero también se palpaba, en los años setenta, que «política y socialmente la Guerra no está superada: en los hábitos políticos, en la información, en el miedo, en los derechos adquiridos, en las expectativas de futuro y en ese luto familiar que no prescribe, la Guerra Civil está presente» (Manuel Vicent, pág. 467). Esta clase de opiniones se puede encontrar con frecuencia en la producción cultural de los primeros años de la Transición. Así se observa, por ejemplo, en la *Biblioteca de Divulgación Política* de la editorial La Gaya Ciencia de Barcelona, la cual se puede considerar como la colección de información política anterior a las elecciones de junio de 1977 más leída entre los ciudadanos y en la que colaboraron tanto partidarios de la reforma como miembros de la oposición. En esta colección se puede hallar un libro específicamente dedicado a la Guerra Civil en el que

su autor, el escritor Juan Benet –nacido en 1927–, justifica su presencia de la siguiente manera: «todavía está lejos el día en que los hombres de esta tierra se puedan sentir libres del peso y la sombra que arroja aquel funesto conflicto»<sup>42</sup>. Una vez más se comprueba la hipótesis de que el interés por la historia y los testimonios directos de la Guerra guardaron una estrecha relación con las necesidades de las jóvenes generaciones hacia un tema que, en realidad, seguía viéndose como una presencia viva.

TABLA 5  
*Bando del que se siente heredero  
y consideración de la Guerra como un «hecho vivo» o ya pasado  
(número de entrevistados que lo afirman)*

«¿Se siente usted heredero de alguno de los dos bandos enfrentados en la lucha?»		«¿Considera usted la guerra como un “hecho vivo” aún, o pertenece ya al museo de los recuerdos históricos?»		
		Vivo	Pasado	N.C.
De los nacionales	18	12	2	4
De los republicanos	20	8	4	8
De los dos	15	12	2	1
De ninguno	30	13	15	2
N.C.	14	8	4	2
Total	97	53	27	17

Fuente: Borràs Betriu (1971).

Más allá de las ya citadas vivencias –infantiles, familiares, de segunda generación o de combatientes– es difícil sacar conclusiones de las encuestas que permitan vislumbrar qué clase de experiencias estaban proyectando los encuestados al responder a las encuestas. Algunas traslucían actitudes moldeadas por los diversos cauces de socialización relevantes en los que se habían movido las distintas generaciones de entrevistados. Esto puede verse, por ejemplo, en la valoración de la figura de Franco, cuyo proceso de desmitificación se inició a los pocos meses de su fallecimiento<sup>43</sup>. Un 43% de dichos entrevistados estaba de acuerdo con la afirmación de que «el alzamiento de Franco fue el único modo de acabar con el desorden y la anarquía», mientras que un 49% estaba en desacuerdo (C16, 617: 71). Ahora bien, entre los mayores de 35 años el grado de acuerdo se hallaba en torno al 55%, mientras que dicho acuerdo se situaba en torno al 32% para los menores de esa edad. Algo

<sup>42</sup> Juan Benet, *Qué fue la Guerra Civil*, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1976, pág. 9.

<sup>43</sup> Un análisis de ese proceso en Josefina Cuesta Bustillo, *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Alianza, Madrid, 2008, págs. 341-357.

parecido ocurría con la afirmación «Franco salvó España»: el 40% estaba de acuerdo y el 49% en desacuerdo, pero la diferencia era notable entre los mayores y los menores de 35 años (C16, 617: 71). Entre los mayores el nivel de acuerdo era del 50%, mientras que entre los menores, el 25%. Igualmente, en lo que respecta a la afirmación «los sectores que apoyaron a Franco solo querían aplastar las libertades democráticas», la diferencia era notable, pero esta vez en sentido contrario: un 40% de mayores de 35 años pensaba que tal afirmación era verdadera, mientras que el grado de acuerdo entre los menores de 35 llegaba al 63% (C16, 617: 71). Una vez más se observa el papel que jugó el cambio y la distancia generacional como factor de memoria en los años de la Transición.

### MEMORIA, EXPECTATIVAS POLÍTICAS Y TEMORES

Como ya hemos adelantado, la memoria de la Guerra y la curiosidad por el pasado reciente durante la época de la Transición también parecen estar en estrecha relación con las expectativas que los españoles desarrollaron por aquel entonces, sobre todo con la percepción del cambio político. El antes citado director de *La vieja memoria*, Jaime Camino, glosó dicha relación del siguiente modo: «la realización de la película ha sido para mí una gran experiencia política (...) porque en la realización y montaje (...) se estaba produciendo en nuestro país el cambio hacia un régimen democrático y resultaba sorprendente el ver cómo en tantas cosas la historia es mimética y se repite a sí misma»<sup>44</sup>. La memoria parecía, pues, un recurso necesario para dar sentido a las expectativas políticas.

Una vez muerto Franco fue un hecho irrefutable que la voluntad de dejar atrás el franquismo se comenzó a imponer en las perspectivas de la mayoría de los españoles en pocos meses, con escasas diferencias generacionales. En poco tiempo para un número mayoritario de españoles los aspectos simbólicos más llamativos del franquismo comenzaron a perder su valor de actualidad y a ser vistos como algo perteneciente a una minoría nostálgica que se afanaba en recrearse en la memoria oficial de la Guerra. Como señalaba el Cuarto Informe FOESSA (1975-81), entre 1975 y 1977 la población española, aunque por poco margen, había dejado de ser «ideológicamente franquista»<sup>45</sup>.

El propio proceso de evolución y convergencia entre los partidarios de la reforma política y de la «ruptura pactada», entre mediados de 1976 y mediados de 1977, igualmente parece mostrar que las memorias políticas se adaptaron rápidamente a la evolución de la opinión pública española y al equilibrio cambiante de fuerzas entre el Gobierno y la oposición. A lo largo de 1976 los partidarios de la reforma del franquismo «desde dentro» fueron conscientes de que necesitaban recuperar la iniciativa que habían perdido durante la etapa del Gobierno de Carlos Arias Navarro (diciembre de 1973 a junio de 1976). De nada servía una reforma, como la que propugnaba de manera confusa este último, que apelaba al mantenimiento de las esencias del 18 de Julio de 1936, ante un desafío como el que procedía de la reorganización de la oposición y de las protestas antifranquistas. Asimismo la evolución política de 1976 y 1977 mostraba que la presencia de todas las fuerzas de oposición no era suficiente para decantar la balanza a favor de la llamada ruptura<sup>46</sup>.

De hecho, si bien la memoria familiar fue la responsable de la existencia de «cierta persistencia intergeneracional de las simpatías ideológicas» en los resultados del referéndum de

<sup>44</sup> «“La vieja memoria” pretende levantar acta testimonial de la guerra civil», *El País*, 13 de marzo de 1979.

<sup>45</sup> *Informe sociológico sobre el cambio político en España, 1975-1981*, págs. 8, 116, 151, 164, *passim*.

<sup>46</sup> Véase Pere Ysàs, «La transición española. Luces y sombras», *Ayer*, 79, 2010, Madrid, págs. 31-57.



la Ley para la Reforma Política y de las elecciones de 1977, con relación a las elecciones de febrero 1936<sup>47</sup>, los especialistas también han hecho notar las diferencias. Pero además de hacer referencia a las que atañen al sistema de partidos<sup>48</sup>, merece la pena detenerse brevemente en las que se refieren a la memoria política. Resulta interesante observar cómo, tanto en el caso de la oposición como en el del Gobierno Suárez, la reclamación de búsqueda de vías hacia la democracia se vinculó a la idea de la superación política y generacional de la Guerra. A partir de 1974 es frecuente hallar el tema en las declaraciones de dirigentes de la Junta Democrática, y en particular del PCE. Lo mismo ocurre con dirigentes del PSOE. En el seno del PCE se subrayó especialmente la «reconciliación nacional», la importancia de los jóvenes y la necesidad de «no repetir los yerros históricos de la Segunda República»<sup>49</sup>, y en el PSOE, en que «se ha superado el gran trauma que produjo en la vida del Partido Socialista la guerra civil e incluso el vacío generacional de los que deberían haber sido cuadros del partido entre los 45 y 60 años de edad»<sup>50</sup>. Asimismo, en el debate en las Cortes franquistas de la Ley para la Reforma Política, que tuvo lugar en noviembre de 1976, los argumentos de los defensores de esta Ley se servían de las diferencias generacionales como punto de partida: como dijo el procurador Miguel Primo de Rivera y Urquijo, quien fue el encargado de defender la ponencia, dicha ley representaba a los que «no hicimos la Guerra»<sup>51</sup>.

Para completar este examen de las expectativas políticas en sus relaciones con la memoria, conviene tener en cuenta dos hechos complementarios: por un lado, el rasgo de moderación que manifestó la opinión pública española y en particular los electores en 1977 (una moderación combinada con cierta tendencia hacia la izquierda a partir de ese año)<sup>52</sup>; por otro, el llamado desencanto que se apoderó de una parte de esa opinión pública a los pocos meses de transcurridas dichas elecciones y entre cuyas características se contaba la percepción de que el franquismo se estaba perpetuando en el terreno tanto oficial como social a través de las nuevas formas democráticas<sup>53</sup>. Ahora bien, ninguno de estos dos factores, ni la moderación ni el desencanto, parecen haber impedido el proceso de distanciamiento mental, respecto del franquismo, que se estaba produciendo en la sociedad

<sup>47</sup> El análisis de esas líneas de continuidad, en Darío Vila Carro, Francisco Andrés Orizo y Manuel Gómez-Reino, «Sociología del actual cambio político en España», en *Síntesis actualizada del III Informe FOESSA*, Euramérica, Madrid, 1978, págs. 396 y sigs. La cita en José María Maravall, *La política de la transición*, Taurus, Madrid, 1984, págs. 32-53.

<sup>48</sup> Véase, por ejemplo, *Informe sociológico sobre el cambio político en España, 1975-1981*, págs. 55-56, 342-344.

<sup>49</sup> Hemos seguido la reedición de la entrevista de Max Gallo y Regis Debray (1974), *Santiago Carrillo: mañana España*, Laia, Barcelona, 1977, págs. 12-29, 158-176; y Santiago Carrillo, *Qué es la ruptura democrática*, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1976, págs. 43 y sigs. Sobre la estrategia de la «reconciliación nacional», véase Carme Molinero, «La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura durante la Transición», *Ayer*, 66, 2007, Madrid, págs. 201-225.

<sup>50</sup> Felipe González, *Qué es el socialismo*, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1976, págs. 44-45. Sobre las diferencias generacionales en el seno del PSOE y del PCE, en el terreno electoral, *Informe sociológico sobre el cambio político en España*, págs. 445-450.

<sup>51</sup> Recogido en *Cortes Españolas. Diario de las sesiones del pleno*, sesión celebrada los días 16 a 18 de noviembre de 1976, X legislatura, núm. 29, pág. 7.

<sup>52</sup> Este rasgo está subrayado, por ejemplo, en Darío Vila Carro, Francisco Andrés Orizo y Manuel Gómez-Reino, «Sociología del actual cambio político en España», págs. 682 y sigs., *Informe sociológico sobre el cambio político en España, 1975-1981*, págs. 373, 402, y Bonifacio de la Cuadra y Soledad Gallego-Díaz, *Del consenso al desencanto*, Saltés, Madrid, 1981, pág. 23.

<sup>53</sup> Véase, por ejemplo, Juan Luis Cebrián, *La España que bosteza. Apuntes para una historia crítica de la Transición*, Taurus, Madrid, 1980, págs. 14 y sigs.

española ni haber menguado de manera notable la confianza en la naciente democracia. En 1980, por ejemplo, la encuesta del CIS solicitó de las personas preguntadas su percepción sobre la consolidación de dicho proceso democrático. El resultado mostraba cautela, pero también optimismo. Más de un 35 % entendía que la democracia era todavía débil, pero tenía muchas posibilidades de consolidarse; un 6,8 % se manifestaba más optimista y pensaba que en España ya existía una democracia como las europeas; en cambio, solo un 13,5 % era más pesimista y aseguraba que «en España es difícil que llegue a consolidarse la democracia»<sup>54</sup>.

Las encuestas igualmente muestran que de modo paralelo la mayoría de los españoles opinaba que la Guerra fue una desgracia o «una época vergonzosa de la historia de España» (73 % de acuerdo) cuya principal consecuencia había sido una enorme cantidad de muertes y víctimas inocentes (69 % de acuerdo) (C16, 617: 68), y por lo tanto algo que había que superar (C16, 616: 60). Cuando se preguntaba a los encuestados, las generaciones más mayores recordaban que «la Guerra generó venganzas y odios personales, muchos de los cuales aún sobreviven»: un 65 % de los mayores de 45 años así lo afirmaba (C16, 617: 70). Por el contrario, los más jóvenes parecían más dispuestos a ignorar tales odios y rencores: un 44 % respondía negativamente a esa cuestión (C16, 617: 70). De hecho, esta voluntad de superación y olvido ya había aparecido en respuestas y actitudes mucho antes. En la encuesta del IOP de marzo 1969, en la única cuestión que contenía cierta referencia a la Guerra y donde se demandaba la opinión sobre la decisión del Gobierno de Franco de declarar prescritas las responsabilidades penales por actos cometidos antes del 1 de abril de 1939. A la pregunta «¿Qué le parece a usted tal decisión?», un 77 % dijo «bien» o «muy bien» mientras que solo un 2 % se mostró contrario. En el Informe FOESSA de 1970, a su vez, se preguntaba al grupo ocupacional de las amas de casa y al de los profesionales «si les parece beneficioso o perjudicial que la juventud no haya vivido la Guerra». Ambos grupos lo consideran mayoritariamente beneficioso: las primeras en un porcentaje del 82 %, los segundos, del 79 %.

En realidad, durante los años de la Transición una mayoría de los españoles consideraba la Guerra Civil como la circunstancia histórica más decisiva para comprender la España presente (C16, 616: 62). Así, el afán que también se observa en las encuestas de relegar dicho conflicto al pasado –conflicto que para muchos seguía teniendo actualidad o estaba vigente– no podía desligarse del temor a que este echara a perder las expectativas de paz y progreso si irrumpía de nuevo abiertamente. En dos conocidas encuestas realizadas en 1975, Rafael López-Pintor recogió resultados de este tema. En la que llevó a cabo en mayo de 1975, el 20 % de los encuestados pensaba que tras la muerte de Franco vendría «una etapa peligrosa» en España, mientras que solo el 10 % esperaba «una etapa de normalidad». En la segunda, la que data de octubre, a la pregunta por el temor ante el futuro, casi la mitad de los encuestados (48 %) respondían que «más temor que hace cinco años»<sup>55</sup>.

En la encuesta de *Cambio 16* (1983) se inquirió específicamente sobre la posibilidad de una nueva guerra civil. En ella, casi la mitad de los encuestados reconocía que había considerado y temido el desencadenamiento de un nuevo conflicto armado en los años previos. El nivel de temor era parecido en las diversas generaciones si bien entre los más jóvenes, los de 18 a 24 años, dicho nivel parecía algo menor. Entre los más mayores, los que reconocían haber temido una nueva guerra superaban a los que lo negaban.

<sup>54</sup> Ver Anexo, Tablas 9 y 10, donde se muestran con más detalle los datos relativos a esta cuestión.

<sup>55</sup> Rafael López Pintor, *La opinión pública española del franquismo a la democracia*, CIS, Madrid, 1982, pág. 39.

TABLA 6

*Posibilidad de un nueva guerra civil (1983)*  
*(en porcentaje, por grupos de edad)*

«¿Desde la muerte de Franco a hoy temió la posibilidad de una nueva guerra civil?»

	Total	18-24	25-34	35-44	45-54	>54
Sí	49	43	51	54	46	48
No	47	52	47	45	48	46
NS - NC	4	5	2	1	6	6
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: C16, 619: 78-79.

Previamente Borràs Betriu también había constatado en su pesquisa que el miedo era un sentimiento claramente presente. Enrique Salgado lo expresó así: «la guerra es un espectro en el que no se quiere pensar pero que condiciona el presente y engendra un miedo, un terror que lo condiciona aún más» (pág. 83). Muchos eran los entrevistados que hablaban de trauma, horror, venganza, rencor, odio y amargura, emociones todas ellas asociadas, de modo todavía temible, al recuerdo de la Guerra. «Nuestro problema –decía Manuel Vicent– no está resuelto: el germen de la Guerra Civil no ha sido erradicado» (pág. 468). «Soy consciente –añadía Julián Grau– del rencor que el español lleva dentro, de su capacidad de envidia y del empeño y tesón que nuestro país tiene para hundirse a sí mismo» (pág. 482).

Los citados resultados de las encuestas sobre la importancia de la Guerra como acontecimiento histórico, y sobre su carácter de tragedia, avalan de algún modo el hecho de que la presencia de la desconfianza y el miedo –a otra guerra, a un golpe de Estado, a la represión, al terrorismo o al recuerdo mismo–, además de condicionar las expectativas, marcó límites en la memoria que se reflejó en la opinión pública. Es interesante observar que antes de que los estudios recientes sobre la represión franquista y los movimientos de recuperación de la memoria hayan desvelado datos sobre este tema, el citado historiador y excombatiente Eduardo Pons Prades ya llevó a cabo una interesante pesquisa por la geografía española. Dicha pesquisa, realizada entre 1976 y 1985, da una clara idea de los efectos que dicha represión había ejercido sobre el recuerdo y que todavía entonces permanecían vivos. En dicho estudio el autor pudo constatar cómo una larga lista de acontecimientos pertenecientes a la «crónica negra», tales como el descubrimiento de fosas comunes en Aragón, la simulación de fusilamientos en ciertas maniobras militares en el pirineo oscense o los abusos de la Guardia Civil o de la Legión en Gran Canaria, todavía despertaba en ciertos ciudadanos el recuerdo de la Guerra y de la represión ejercida por el franquismo, así como el temor que les acompañaba<sup>56</sup>. Este elemento de la memoria comunicativa pasó relativamente desapercibido durante los años de la Transición, se reflejó poco en las encuestas y en el mundo de la cultura y los media (salvo por el tema del temor a «otra guerra civil»), y apenas nada en el mundo de la política. Su presencia en la esfera pública y su valoración solo han sido posible cuando los recientes movimientos de recuperación de

<sup>56</sup> Eduardo Pons Prades, *Crónica negra de la Transición española (1976-1985)*, Plaza & Janés, Barcelona, 1985.

la memoria han llamado la atención sobre la existencia de una memoria como esta, y han lanzado el guante a los investigadores sobre la existencia de un recuerdo «más allá de la esfera pública»; una memoria que paradójicamente se alimenta del silencio<sup>57</sup>.

## VALORES Y LECCIONES APRENDIDAS

Junto al miedo de muchos, el recuerdo de la Guerra estuvo unido también a lecciones poderosas y valores enraizados en la conciencia cívica de la sociedad española, principalmente la idea de que precisamente porque una nueva guerra «es posible, hay que evitarla como sea», como decía José María Rodríguez Méndez en la encuesta de Borràs Betriu (pág. 42). La primera y principal lección que parece acompañar al recuerdo de la Guerra Civil era, por tanto, la de su inanidad. En las respuestas a la encuesta de *Cambio 16* quedaba de manifiesto la opinión sobre la inutilidad de la violencia como argumento e instrumento para la convivencia política: la violencia solo genera violencia (C16, 616: 59-63). Al valorar las consecuencias de la Guerra solo un 16% consideraba que condujo a la «instauración de un régimen de paz, orden y prosperidad» y únicamente un 11% que «salvó a España del comunismo» (C16, 617: 68). En cambio, un 69% entendía que causó «miles de muertos y víctimas inocentes», un 53% se fijaba en el «hundimiento de la economía y el hambre» y un 49% le atribuía la «división de los españoles en dos bandos». La Guerra Civil se recordaba sobre todo como una desgracia cuya repetición era preciso hacer imposible.

La principal lección de la Guerra era, para la gran mayoría de la población, la de que nunca más debía volver a repetirse una contienda similar. En 1971, entrevistado por Borràs, decía Rodrigo Rubio que «aunque me lo consideren herejía o falta de patriotismo diré que ninguna grandeza histórica vale tanto odio, tanta sangre, tantas muertes, tanta hambre, tanta tristeza» (pág. 314). Otros entrevistados se expresaban así: «El pueblo español conviene en que los beneficios que resultan de una guerra no merecen los terribles sacrificios que esta impone» (Jorge Ferrer Vidal, pág. 63). «Todas las guerras son malas, que haya siempre paz y libertad» (Luis de Castresana, pág. 19). Sin embargo, no bastaba con desear que aquella no se repitiera; era preciso anticiparse, pues «siempre es posible la contienda» (Octavio Fullat, pág. 166), y la historia misma nos muestra «hasta qué extremos brutales podemos llegar los españoles» (José María Ruiz Gallardón, pág. 139).

¿Cómo evitar que se repitiera la Guerra Civil? Las respuestas se pueden agrupar en las siguientes opciones prácticas: a) ignorarla y dejarla caer en el olvido; b) analizar las causas y actuar sobre ellas para que no puedan generar un nuevo conflicto; y c) fortalecer el diálogo político como cauce para dirimir toda diferencia. Entre los entrevistados por Borràs podemos hallar dichas opciones. Por una parte, hay quien se preguntaba: «¿No es el olvido una de las mejores medicinas de las que dispone el hombre?» (Enrique Meneses, pág. 248), o sencillamente declaraba: «para las nuevas generaciones no existe. Les produce la misma indiferencia que puede producirles la Guerra de Independencia» (Enrique Salgado, pág. 85). Otros, en cambio, entendían que «perder el miedo será necesario y saludable pero perder la memoria sería estúpido» (Jaime Gil de Biedma, pág. 233), por lo que se inclinaban por la segunda de las citadas opciones y, sobre todo, por la tercera. Así, se entendía

<sup>57</sup> Véase, por ejemplo, Angela Cenarro Lagunas, «Beyond the Public Sphere: The Francoist Repression Remembered in Aragon», *History & Memory*, vol. 14, 1-2, 2003, Indiana University Press, págs. 165-188; Pedro Piedras Monroy, *La siega del olvido. Memoria y presencia de la represión*, Siglo XXI, Madrid, 2012, y Conxita Mir Curcó y Josep Gelonch Solé, *Duelo y memoria, espacios para el duelo de la represión franquista en perspectiva comparada*, Universitat de Lleida, Lleida, 2013.

TABLA 7  
*Consecuencias de la Guerra Civil (1983)*  
*(% de los encuestados que lo afirman)*

Miles de muertos y víctimas inocentes	69
Hundimiento de la economía y el hambre	53
División de los españoles en dos bandos	49
Retroceso económico, cultural y político	39
Represalias y fusilamientos de posguerra	33
El fin de las instituciones democráticas y las libertades	23
Llegada al poder de quienes saquearon el país durante 40 años	16
La instauración de un régimen de paz, orden y prosperidad	16
La salvación de España del comunismo	11

*Fuente:* C16, 617: 68.

como «necesario un análisis frío y urgente de la latente tensión que aún nos desasosiega» (Antonio Padilla Bolívar, pág. 458). «Hay que buscar la reconciliación» (Josep Rovira Belló, pág. 80), pero sabiendo que «sin un análisis profundo de los múltiples y complejos significados de la Guerra Civil se hará de todo punto imposible construir nada auténtico y duradero para el futuro» (José María de Quinto, pág. 35).

La opinión que más apoyos encontró en cualquier caso en la encuesta de Borràs fue la que consideraba diálogo y democracia como las principales herramientas. «Los que no hicimos la guerra debemos mostrar que nos hallamos, a pesar de todo, por encima de pasiones y rencores» (Xavier Mateu, pág. 534). «Hablar de paz no significa elogiar el inmovilismo porque es conciencia generalizada que una paz sin democracia es solo una tregua» (Raúl Morodo, pág. 416). Para que haya una democracia real y efectiva «es preciso el entendimiento y, por esto, es preciso el diálogo: con todos alrededor de la mesa, eso sí» (José Corredor Matheos, pág. 220). Junto a la democracia, se mencionan como medios importantes para evitar una nueva contienda otros aspectos políticos, económicos y sociales del momento presente, en particular el elevar el nivel cultural de la población, el progreso económico como una de las bases para sostener el juego de las libertades o el mirar al futuro y a Europa.

## CONCLUSIÓN

Las encuestas de opinión relativas a la memoria son un importante complemento de los estudios sobre la memoria «pública». Ciertamente, no sirven para cubrir la investigación de todos los aspectos de este campo, pues existe un tipo de recuerdo que apenas se

TABLA 8

*Opinión sobre las causas de la Guerra Civil (1983)*  
*(% de los encuestados que lo afirman, por grupos de edad)*

	Total	18-24	25-34	35-44	45-54	>54
El desorden y la crisis económica	48	51	54	50	52	40
La ambición de poder de algunos militares	42	44	42	44	42	39
La falta de cultura del pueblo español	34	27	37	34	35	35
La debilidad de la República	34	39	34	26	27	42
La ambición de los ricos por mantener privilegios	30	31	32	27	35	26
La falta de capacidad de los políticos	27	17	25	28	35	30

Fuente: C16, 617: 68.

refleja directamente en ellas, particularmente el relacionado con el miedo y la represión. Existen otros medios más adecuados para examinar este último, como los trabajos de historia oral, historia familiar o de lugares funerarios de la memoria. Sin embargo, las encuestas de opinión sí son útiles para calibrar el alcance general de la memoria social, y por lo tanto son importantes como punto de apoyo o referencia para cualquier estudio sobre la memoria, máxime si se trata de memoria política o de análisis culturales.

Durante los años del tardofranquismo y la Transición no se puede hablar de proliferación de encuestas sobre la memoria de los españoles. Antes de la muerte de Franco, las preguntas directas sobre la Guerra Civil podían ser interpretadas como una provocación o intento de deslegitimación, y después pronto se perfilaron otras prioridades que atender. Sin embargo, el peso de la Guerra era demasiado evidente para que el tema pasara desapercibido. Además, la idea de dejar atrás su presencia se había abierto camino y estaba bastante difundida en los últimos años del franquismo, algo que planeó de modo muy especial sobre la actividad cultural de los años 1976 a 1980 e incluso pesó claramente sobre el debate político.

El examen de la memoria familiar, el cambio generacional, las expectativas políticas y las emociones que rodearon a todos estos factores muestran que los últimos años del franquismo y la Transición se pueden considerar un período en el que se estaba produciendo un cambio en los escenarios públicos de la memoria, un proceso de claro afloramiento y construcción cultural de lo que hemos llamado la memoria comunicativa. Los españoles en general eran bastante conscientes de lo que suponía el recuerdo de la Guerra, así como de las emociones, las preocupaciones sobre el pasado y las perspectivas de futuro que dicho recuerdo llevaba consigo. En la memoria de los españoles se guardaban recuerdos directos y sobre todo de segunda generación o de postmemoria; todo ello en un marco en el que convivían el temor y la vigencia social del conflicto con las expectativas de su superación en un marco político distinto. Pero se trataba de un proceso en el que los cambios eran incipientes: todavía el franquismo despertaba un recuerdo inmediato; la cultura, pese a su



importancia, no había desarrollado sus posibilidades y la memoria familiar aún mantenía un peso fundamental; además, sobre la memoria política pesaba la coyuntura de 1976 y 1977, y las memorias de la represión aún pasaban desapercibidas. En suma, se trataba de un panorama que debía seguir evolucionando y así lo ha hecho hasta llegar a la última década donde la memoria de la Guerra y del franquismo, ya como parte de la memoria cultural de los españoles, ha comenzado a afrontar las carencias más llamativas del panorama memorial de hace 35 años.

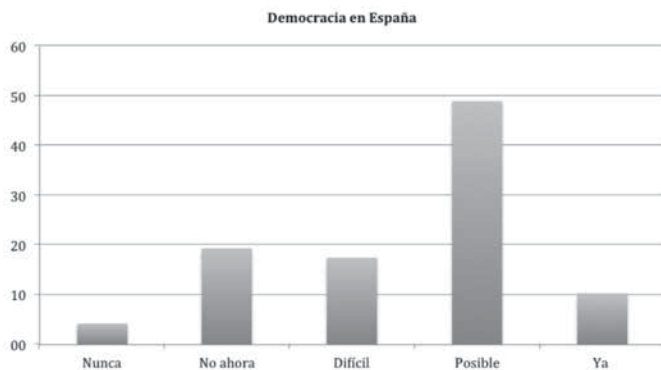
## ANEXO. OTROS DATOS DE INTERÉS

TABLA 9  
*Acuerdo sobre las siguientes afirmaciones (1980)*  
*(% de los encuestados que lo afirman)*

En España la democracia no podrá consolidarse en ningún caso	4,2
En España no puede decirse que exista una democracia	19,3
En España es difícil que llegue a consolidarse una democracia	17,4
Hay una democracia débil con muchas posibilidades de consolidarse	48,9
En España existe ya una democracia como las europeas	10,2

Fuente: CIS, Estudio nº 1237.

GRÁFICO 1  
*Opiniones sobre la democracia en España (1980)*  
*(ver Tabla 9)*



Fuente: CIS, Estudio nº 1237.

TABLA 10

*Acuerdo sobre las siguientes afirmaciones,  
según el bando con que simpatizaba su familia (1980)  
(% de los encuestados que lo afirman)*

*Acuerdo sobre...*

<i>Bando con que simpatizaba su familia</i>	En España la democracia no podrá consolidarse en ningún caso	En España no puede decirse que exista una democracia	En España es difícil que llegue a consolidarse una democracia	Hay una democracia débil con muchas posibilidades de consolidarse	En España existe ya una democracia como las europeas
Nacional	41	23,6	27,5	27,2	30,9
República	12,6	21,4	14,9	21,8	10,3
Los dos	5,1	12,1	11,6	9,6	13,3
Ninguno	11	14,9	16,9	14,7	17,4
NS-NC	30,3	28	29,1	26,7	28,1
Total	100	100	100	100	100
(n)	105	484	434	1223	256

Fuente: CIS, Estudio n° 1237.

TABLA 11

*Frecuencia con que se hablaba de política en  
casa durante la infancia/la adolescencia (1980)  
(% de encuestados que lo afirman)*

Con mucha frecuencia	4,9
De vez en cuando	15,9
Pocas veces	21,1
Casi nunca	45,6
NS-NC	12,5
Total	100

Fuente: CIS, Estudio n° 1237.

TABLA 12

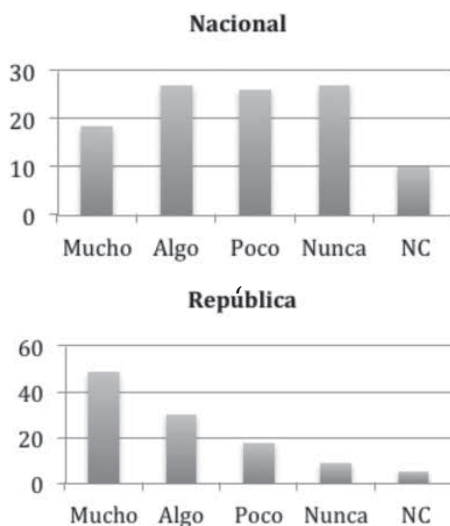
*Frecuencia con que se hablaba de política en casa durante la infancia/la adolescencia (1980)*  
*(en porcentaje, según bando con que simpatizaba su familia)*

<i>Bando con que simpatizaba su familia</i>	Con mucha frecuencia	De vez en cuando	Pocas veces	Casi nunca	NS-NC
Nacional	18,5	26,9	26,1	27,1	9,9
República	48,9	29,9	17,7	9	5,1
Los dos	15,5	14,1	11,1	7,9	5
Ninguno	8,6	10,3	15,9	18,3	7,4
NC	8,5	18,8	29,2	37,7	72,6
Total	100	100	100	100	100
(n)	169	547	726	1572	431

Fuente: CIS, Estudio n° 1237.

GRÁFICOS 2 Y 3

*Frecuencia con que se hablaba de política en casa durante la infancia/la adolescencia (1980) según bando con que simpatizaba su familia*



Fuente: CIS, Estudio n° 1237.

TABLA 13  
*Disposición actual a tomar partido (1983)*  
*(en porcentaje)*

<i>Si ahora tuviese que tomar partido, ¿por cuál de los dos bandos estaría dispuesto a combatir?</i>	
República	25
Franco	14
Ninguno de los dos	48
NS NC	13
Total	100

*Fuente:* C 16, 619: 76.

Separata de la revista SISTEMA - Número 245 - Enero 2017  
(Páginas 79-108)  
Fernando el Católico, 13, Bajo A. - 28015 Madrid - Teléfono 91 448 73 19